

Con la desesperación de sus cruces levantando sus negros brazos al cielo; con sus sepulcros descostrados, mohosos y tristes, un cementerio se desmorona por allí . . .

De los departamentos del Norte guarda el autor recuerdos de su infancia. Nada tan encantador como ellos: los arroyos frescos en que se bañaba, los bosques por donde galopaba, "aspirando su perfume vegetal", las cuchillas rayadas "por áridos callejones bermejos, color de sangre reseca" . . . "Vida limpia y pura" . . . "Goce de la naturaleza"!

¿No se creería que nos engañamos al hablar de la amarga desilusión de Ballesteros?

Podríamos creerlo si nouviésemos ante los ojos la dolorosa evidencia de las frases que preceden y que siguen tales rapsodias, y que nos hablan de "la honda, infinita soledad que es el campo" y del largo desfile de vidas arruinadas o anegadas en el ocio, la pobreza y la ignorancia, y que a veces salen del atolladero por medio del puñal o del revólver.

Sin embargo, el progreso lento pero seguro del interior del Uruguay es innegable. De él nos habla Ballesteros en "El ferrocarril". Aquí el progreso es impresionante, y brilla como un sol medio oscurecido por los nubarrones de una tormenta que se acerca. Un viejo paisano embiste a los ingenieros que trazan la línea que ha de pasar "por sus campos":

En este loco ataque inesperado, se le abre una herida en la cabeza.

Cuando volvió en sí, interrogó ansioso a sus hijos:

—¿Qué, ustedes también? . . . ¿Juyó la gringada?

—Sí, tata, lo engañaron, compasivos.

El suspiró, satisfecho:

—¡Ah, güeno! . . . Cuistión de animarse. ¿No ven cómo sí se acomodan fácil las cosas? Unos cuantos gauchos decididos pueden arreglar otra vez al país.

Y se durmió para siempre con la consoladora esperanza.

*

* . *

FERNÁN SILVA VALDÉS, *Cuentos y leyendas del Río de la Plata*.—Buenos Aires, Imprenta de Guillermo Kraft, 1941.

Hermoso libro éste de Silva Valdés, con sus márgenes amplios, su papel fino y bella tipografía, y sobre todo con los dibujos del talentoso artista Alberto Güiraldes.

Quien no sepa que Silva Valdés es una de las figuras literarias más caracterizadas y prestigiosas de América, no llegará a darse cuenta adecuada del libro presente. Porque es más que un libro en prosa sobre unas cuantas acciones más o menos interesantes: es una obra de interpretación, de instrucción vital y de imaginación creadora. En el sentido griego de la palabra, es algo escrito por un *poeta*, es decir, un *bacedor*. Todo el mundo sabe que Silva Valdés ha escrito poesías, y reconoce que es un poeta de América. Quizá no haya muchos que sepan que también es un formidable prosista. Por lo tanto, cumplo con un deber imprescindible, que es a la vez un placer muy grande, al echar un vistazo al contenido del libro.

Reza el título: *Cuentos y leyendas del Río de la Plata*. Valdría decir "del Uruguay", porque de las catorce leyendas que contiene, siete se refieren a este país, y las demás, por sus datos, costumbres y fraseología, bien pueden ser tan "orientales" como argentinas. Dado el abolengo del autor, es lógico suponer que son de la Banda Oriental, más que de la otra del Río de la Plata. En cuanto a los cuentos, cuatro son uruguayos, y los otros dos —de acuerdo con la dicha lógica— es más natural optar por llamarlos uruguayos.

¡Qué variedad de temas y qué riqueza de interés humano hay en estas veinte narraciones! La primera, "La leyenda de la Laguna Negra", nos refiere los amoríos de cierto caudillo con una pobre muchacha a quien persigue, hasta obligarla a tirarse, desesperada, a las aguas de una laguna. A dicha leyenda sigue la de "El freno de plata". Un pobre gaucho, cuya única prenda es este freno, al morir encomienda a su aparcerero que "lo lleve a las tiendas para que pueda comprar con el precio de su venta las velas y cruz de su velorio". ¡Y se descubre que el freno era de plata! "La leyenda de la palabra cumplida" relata la historia de un paisano que cumple su palabra de volver a la prisión donde se halla detenido y de donde le han librado para que vaya a cierto paso "asombrado" y pruebe que no le asustan las sombras. Y vuelve, sí, ¡pero muerto en su caballo! Sigue "La leyenda de los siete hermanos". Al mismo tiempo que nace cada uno de ellos, nace un árbol "aparcerero" cerca de su casa. Cuando mueren, mueren también los árboles, menos el ombú del hijo mayor, "porque el ombú no muere nunca". Bajo su ramaje, el hijo muere devorado por perros cimarrones.

"La leyenda del payé" cuenta cómo un tal "payé" o amuleto hecho por un brujo indio obró en favor del español gaucho que pretendía a Cielito Suárez. Pero cuando aquél mató a su rival, el payé perdió de re-

rente su eficacia, no teniendo ya contra quién obrar. "La azotea de Valdés" refiere la historia de dos hermanos, separados por muchos años, hasta llegar a desconocerse completamente, y tanto, que el azar por fin los coloca frente a frente, en una pelea a facón. Sólo entonces Valdés, el guapo uruguayo, reconoce "en el rostro barbudo de su rival, una estampa semiborrada de su niñez". ¡El "brasileño" Almeida es su hermano!... Dulce y tierno es el estilo de "La leyenda de los dos payadores". Cantó uno, respondiendo al pedido de su amigo, mientras éste se muere. ¡Y dicen las gentes que nunca cantó mejor!

En "Leyendas del Achar", vemos a dos hermanos que mueren al mismo instante al herirse en un duelo a causa de la mujer amada por ambos. Sin fuerzas ya para seguir empuñando los cuchillos, se estrechan las manos por última vez, perdonándose su odio, hijo del amor...

"La leyenda del Paso de los Toros" relata la herejía de un tropero que se rió de una piedra milagrosa en forma de cruz, que estaba muy cerca del Río Negro. Los gauchos primitivos y supersticiosos tenían la costumbre de venerarla siempre al pasar. Otra cosa hizo aquél, antes de vadear el río. Llegó bien a la orilla opuesta, pero tuvo que regresar. Con terror, notan todos que estaban obligados a volver una vez vadeado el río. El fenómeno se repite todos los años. Al fin, el tropero culpable consultó a un hechicero, quien le aconsejó hacer al revés todas las cosas aquella noche, "para destruir la brujería", que viniese de la dirección opuesta y vadease el río, y que, al llegar a la cruz, dijera una oración, también al revés. Así lo hizo, y se destruyó "el embrujo".

"La leyenda del Caserón de la Muerta" es la historia de la hija de un pulpero vasco, dueño del caserón. Muy dada a la vida alegre, la chica fué abandonada por su galán. Después la hallaron muerta. Cundió la voz de que en los bailes que se daban en el caserón solía aparecer "la muerta". El autor y algunos amigos visitan el caserón inhabitado desde hace años. Aquella noche oyen música y hasta creen ver la figura de la muerta, colgando de una pared.

"La leyenda del timbó" parece completamente india, y nos habla del origen del árbol llamado "timbó", que produce hojas en forma de oreja humana. "Del chingolo" es la leyenda emocionante del pajarito así llamado por los labriegos, al cual Silva Valdés también le rindió el homenaje de una de sus poesías.

En "La leyenda del Paso de la Cruz", el autor relata el hecho de que en el sitio donde fué cometido un crimen muy brutal, nació una planta que en pocos meses llegó a tener la forma de una cruz. Inútil decir que

sus ramas, transformadas en brazos del Arbol Divino, constituyeron un milagro cuya fama se extendió hasta los pagos más distantes.

Llegamos a los seis cuentos.

"Marcación" es un episodio de odio y venganza gauchos. "Guapos" es la pintura de lo que en verdad es la "valentía", y se destaca entre todos, porque en este cuento no hay ninguna brutalidad, ningún gesto cruel ni efusión de sangre, siendo la valoración del valor espiritual, que está muy por encima del coraje físico. En "Hombres y gallos", el autor nos transporta a la atmósfera cruda y salvaje de una gallera. Oímos frases rituales, juramentos, y los gritos bestiales que acompañan este pasatiempo tan característico del Uruguay de antaño. "Tiempos de caza y pesca" es la romántica evocación de las buenas costumbres viejas del campo: la caza a orillas del arroyo, los mates amargos que preparan los madrugadores, la sabrosa comida criolla, con su "mulita" al asador, y su "gato" o danza rioplatense. "Una noche del diablo" reitera el tema, que nunca envejece, de la aparición del diablo hecho carne y jugando una partida de "truco de gallo" con tres campesinos. "Malambo" cierra la fila de los cuentos: "La gané en un malambo", decía don Gonzalo Soria, aludiendo a su mujer y a la noche de baile en que anunciaron su noviazgo, en un bello gesto de desafío a dos galanes que también pretendían a la moza.

Me sirvo de la célebre frase de Taine, y digo que *j'aime mieux* esta colección de cuentos y leyendas que muchos otros elogios de la vida del campo y las costumbres del pasado que han venido apareciendo en los últimos años. Esto, empero, no lo hago para evitar el proceso de valuación crítica, sino para exteriorizar el franco sentimiento de admiración que me causa la lectura de la obra. A quien pregunte por qué honramos tanto al escritor uruguayo, responderemos sus admiradores: porque es estilista *sui generis*; porque sus temas son naturales y sus cuentos sencillos, y porque es defensor de un bello ideal.

Al analizar el estilo de Silva Valdés, advertimos que se caracteriza por el uso de palabras fuertes, naturales del ambiente. Citemos:

Quién deshace un nudo *potriador* (boleador).

Éra hombre *acompañado* (poseía un talismán).

El potrillo, lindo *para una patriada* (para quien salía a pelear en una revolución).

También por el empleo de un énfasis muy marcado. Ejemplos:

De la boca le salieron estas palabras, como lenguas de fuego:

—¡Soy ladrón, sinvergüenza, traicionero, mal amigo, mal padrastro, pero hombre... Ternero nunca, en jamás de la vida... En todo caso *toro*... hombre y *toro*!

Si soy varón pa enfrentarme a un cristiano macho, me le enfrento al propio *mandinga* (diablo).

Y finalmente, por el uso atrevido de frases figurativas:

El juego y el alcohol lo llevaron lejos del hogar. Pasaba de uno a otro vicio, como quien va de viaje no teniendo más que dos caballos: uno para ensillar y otro para echar por delante.

Empezó a tropear, alegre, *orejeando el naipe de un consuelo futuro*. (En su *Diccionario de americanismos*, Malaret define: *orejeat*, ir descubriendo el jugador poco a poco las pintas del naipe que le ha tocado en la distribución.)

El sebo de la *agüería* y del asombro fué sobando los *caireles* de las fiestas. (En su *Diccionario de argentinismos*, dice Segovia: *agüería*, agüero; y *cairel*, almendra de cristal de las arañas, candelabros, etc.)

La subjetividad de Silva Valdés no se hace buscar en ésta, como tampoco en ninguna otra de sus obras. Hay ricas vetas del propio elemento en los mismos temas de "La leyenda de la azotea de Valdés", la de "El Caserón de la Muerta" y el cuento "Tiempos de caza y pesca".

Los temas de Silva Valdés son inherentes a la vida del campo. Tradicionales. Al paso que Montiel Ballesteros suspira por las cosas del pasado, Silva Valdés parece *vivirlas aún*. El examen que hemos hecho de este libro justifica tal observación.

Es de veras admirable la sencillez de los citados cuentos, como lo es la de las poesías del mismo autor. Estos hombres y mujeres son seres primitivos, hacen lo que les aconsejan los instintos más naturales y menos sofisticados. El lector se dice: Estas cosas han de ser así, porque los actores se portan no lógicamente, sino naturalmente. "El corazón tiene razones que ignora la razón."

Silva Valdés es defensor de un bello ideal: el criollismo, que en el Uruguay se llama nativismo.

Según el brillante prólogo a los *Romances chúcaros* de Silva Valdés, escrito por el uruguayo José Pereira Rodríguez, "la actual tendencia (del autor) toma rumbo hacia el indio, hacia el gaucho, hacia el criollo y hacia el gringo, 'palabra chica que encierra un hecho enorme'... Su nativismo de la hora concreta es todo un canto al porvenir: 'Poner dentro del hueco de la vieja guitarra germen de cantos nuevos como el pájaro pone en el nido germen de libertad'."

En *Cuentos y leyendas del Río de la Plata* apenas hay mención del "gringo", pero hay algo que le suple, y es el deseo de Silva Valdés de hacernos entender a aquellos hombres que establecieron las bases de la sociedad rioplatense, tal y como es. Respecto a los precursores, los uruguayos y los argentinos de hoy son a veces tan ignorantes como el gringo más recién llegado al Río de la Plata. Como educador sabio e interesado, Silva Valdés considera nuestras condiciones: está convencido de que no ignoramos lo que han sido el indio, el gaucho y el criollo como elementos de la literatura rioplatense. Teóricamente sabemos lo que han valido tales temas. Pero ¿no se están alejando algunos cada vez más de ellos, reemplazándolos por una masa heterogénea de preocupaciones y modas del momento? Acaso el gringo nebuloso e hipotético de quien hablé arriba se interesa más por el pasado uruguayo que los mismos "muchachos bien" del Montevideo de hoy. Por eso nos reitera Silva Valdés que éstas son leyendas, o sean preciosidades del pasado que urge que las guardemos y las veneremos. Deber es éste tanto del último inmigrante como del más rancio hijo del país. Y por ello estudiamos con provecho las leyendas de Silva Valdés, no sólo como lecturas amenísimas, sino como muestras de su conocido sistema de propaganda nativista.

Conviene señalar aquí los pasos en el desarrollo de dichas leyendas, que son tres: Primero, el autor "trabaja" y estimula la receptividad del lector, por medio de una breve alusión; luego avanza por medio de una observación —sea o no breve— que puede concretarse en un párrafo, y que a menudo ha de considerarse como el "meollo" mismo del argumento; y por último, logra el máximum del desarrollo y traza, paso a paso, mediante las etapas sucesivas de una leyenda: su origen, crecimiento, maduración y poder de continuación. Nótese estas breves alusiones:

La voz popular sabe poner nombre justo a las cosas.
Dicen las mentas, o las malas lenguas, que a los dos los quería.

Hace muchos años, no sé cuantos, los que se necesitan para engordar una leyenda.

Y ahora una nota mucho más profunda:

... Creen en un sentido superior... por respeto a lo desconocido y más que nada por atracción del misterio. Es una manera de sentir la poesía *del más allá*.

Como observaciones de más sustancia, pero siempre dentro de los límites de un párrafo, sirvan estas citas:

"Leyendas de Achar": así me pide que intitule esta leyenda extraordinaria que embellece los pagos del Arroyo de Achar en el departamento de Tacuarembó (Uruguay), la persona que me la trasmite, tal como la oyó a su vez en su adolescencia, de boca de un viejo gaucho, en el mismo paraje en que sucedió el episodio —y como es de suponerse—, narrado en las lerdas horas del campo, durante las consejas nocturnas de la cocina, de aquellas cocinas grandotas, tostadas por la estrella humeante del fogón.

Los dos hermanos (de la leyenda de Achar) dieron motivo, con su muerte extraordinaria de romanticismo y de trágica poesía, a la leyenda de las dos lagunas, que se denominan "de las maletas", las cuales, según la tradición, se formaron del siguiente modo: en el lugar en que fueron sepultados uno frente al otro . . . nacieron dos charcos que . . . fueron agrandándose hasta ser hoy esas lagunas . . . las cuales están unidas como por un puente de tierra, ya que las aguas . . . dejaron seco el lugar en que los hermanos . . . se estrecharon las manos por última vez.

En la segunda cita es de observar cómo un fenómeno natural, la configuración del lugar y la yuxtaposición de las dos lagunas, impresiona tanto el espíritu de los campesinos que, forzosamente, necesitan hallar —inventando una historia *ad hoc*— una explicación del caso.

En "La leyenda del Arroyo de las Tres Hermanas", Silva Valdés nos hace ver hasta los movimientos mínimos de la máquina que fragua las leyendas. La historia en sí es bastante banal. Tres hijas, bonitas y simpáticas, hacen voto de castidad para salvar la vida de su madre enferma. A todo galán que se les acerca, le rechazan. Permanecen fieles al tremendo juramento, aun después de la muerte de la anciana. Y así . . . "pasaron de mujeres a fantasmas". Héte aquí, lector, asistiendo ya a la revelación de los secretos de la técnica nativista. Luego:

Decían que la fuente que manaba de la roca (cerca de la cual estaban sepultados los restos de la madre) había nacido de las lágrimas que, durante años, derramaron las tres.

Sébase que la fuente existe [dice Silva Valdés], pero un episodio real y limitado, cuando tiene jugo de misterio y de trágica belleza, fermenta como un fruto el alcohol de la leyenda, y no hay vino que embriague tanto al pueblo como éste. Por eso el alma popular lo sorbe con no igualado deleite, y se lo va brindando de boca en boca y de generación en generación, en el vaso vivo de la sangre. El arroyito de esta historia tendrá su principio de formación en la época borrosa en que se formaron los demás accidentes geográficos de la región,

pero su existencia no cobró relieve hasta que tuvo una historia: la de las tres lloronas trágicas y virtuosas como vestales.

La historia creció, y el arroyo también. Una, como buena madre, se alimentaba en la fuente popular, y el arroyo, más que de lágrimas, se nutría en la leche de aquella que ya empezaba a ser leyenda . . . Ya era una "presencia", una raya azul de agua en el mapa mental de los vecinos . . . que lo llaman ya "el arroyo de las tres hermanas".

En este punto la leyenda crece aún . . . Y crece tanto porque las hermanas han muerto trágicamente y al mismo tiempo ahogadas en la hondura de sus propias lágrimas.

Y la tragedia se aclara y se estira como el humo. Como éste, la leyenda ya ha cargado los aires que irán a los cuatro puntos cardinales . . . Dejémos que el autor nos cuente la última fase, para lo cual se vale él de toda la fuerza creadora que posee la imaginación campesina, llegando su ficción a tener tantas trazas de verdad que, en esta combinación magistral, ya no es posible distinguir entre lo real y lo soñado:

Dice la voz anónima, creadora de tanta mentira —que al final de cuentas es la única verdad— que el arroyo se había hecho caudaloso, y un día de tormenta, mientras rezaban por el descanso eterno de la madre, como lo venían realizando desde años atrás, las aguas empezaron a desbordarse, rodeándolas completamente . . . Que pasó un jinete y se ofreció a sacarlas echándoles el lazo. Que ellas se miraron, dulces y tristes, y siguieron rezando humilladas, sin dar respuesta alguna al comedido, el cual . . . se alejó a escape, asustado, pues se dió cuenta de que eran tres fantasmas; pero se detuvo a lo lejos, a observar en qué paraba aquella tragedia, y vió cómo el agua empezó a subir alrededor de ellas . . .

Cuando el agua les llegó al cuello, se abrazaron las tres, cayendo hacia atrás desde la pequeña altura de la roca, rodando sin un ¡ay!, envueltas entre la espuma y la resaca que llevaba rugiendo la tormenta.

Recapitulemos: en muchos ejemplos de nativismo, serán éstos los varios pasos que da el autor: Elige un tema que ha llegado a tener prestigio por lo interesante y misterioso; luego los detalles se exageran y a cada instante se entremezclan elementos reales y ficticios; sigue creciendo la historia; si es posible, se incorporan detalles fuertes, hasta trágicos; después de lo cual se aclara la tragedia y volará la leyenda. Al final no le queda al autor nada más que decir: "la cosa más atrevida que acabo de

decir, la 'mentira' si se quiere, tiene más verdad que la misma verdad." ¡Juzgue el lector si ha de durar!

Que Silva Valdés haya logrado gozar de la suma estimación de sus miles de lectores, díganoslo la voz imparcial de tanto crítico autorizado. Tributémosle nuestro aplauso sincero y digamos de él, cambiando a propósito los magníficos versos de su "Capitán de mis sombras":

Y al galpón por los campos sonoros,
llevado por el viento y el polvo que ellos soplan,
puntea sin quererlo — capitán de sus sombras.

HENRY A. HOLMES,
*The College of the City
of New York.*

OFELIA M. B. DE BENVENUTO, *José Martí*. Prólogo de Carlos Benvenuto.—Montevideo, 1942. I-XXIX, 224 pp.

Fruto de una larga frecuentación de la obra de José Martí y de un gran amor a su figura, es esta nueva biografía a que ha dado cima la profesora uruguaya Ofelia M. B. de Benvenuto. Es un testimonio más de cómo va haciendo camino en la conciencia americana la obra viva de toda vigencia de José Martí.

En tres grandes capítulos se divide el libro. El primero —"Vida del hombre"— encuadra en ochenta y dos leyendas el tránsito terreno de José Martí, y podemos decir que ningún acontecimiento queda sin mención y, en muchos, abundan los oportunos comentarios que rebasan el límite de la narración biográfica.

El segundo capítulo lleva por título "El pensamiento de la acción", y en él examina ese raro caso que se ofrece en Martí, en quien "el pensamiento y la acción se compenetran, se entrecruzan, se sumergen uno en el otro, de tal modo, que por esencia tiende a partir en alguna forma del mundo inmediato, es, sin embargo, en él tan dúctil y estremecido de humanidad. En tanto que la acción, esa válvula de escape de las almas sensibles y generosas que es, por esencia, limitante y ofuscadora, brota en él desde altas esferas del pensamiento y, en cierto modo, lo inspira y conduce". Sobre tal correlación de pensamiento y acción se desenvuelve este sugestivo capítulo, de grandísimo interés, que nos permite apreciar el vigor puesto por la autora en el análisis espiritual de Martí.